

## ETERNIDAD

Confieso que tengo miedos. No creo que esto sea algo denigrante o una rareza. Pienso que todos debemos probar durante nuestra vida lo que tenemos o podemos tener: amor, odios, tristeza, incertidumbre, alegría, envidia, ira y para qué seguir. Si existen es para que los disfrutemos o suframos. Yo, desde que nací hasta la fecha actual, he tenido miedos diferentes. Miedo al futuro, miedo a las calificaciones, miedo a hablar en público, miedo a la violencia, miedo a algunos profesores, miedo a las alturas, miedo a ciertos animales. He tenido miedo a la fama, al clima extremo, a las enfermedades, a las pérdidas, a la edad, a las imperfecciones, a lo desconocido, a la pobreza, al ridículo, a las responsabilidades. Puedo seguir con el miedo al tabaco, al café, a las grasas, a los azúcares. Son muchos. Pero existe un miedo mayor, un miedo especial. No es el temor a la muerte, ése también lo tengo. Es algo mayor. Es el miedo a la eternidad. Sí, a la eternidad. A ella le tengo más miedo que a cualquier otra cosa. Sé que la humanidad entera lucha por esa eternidad. Todos quieren pertenecer a ella. Se pasan la vida diciendo que su amor es eterno, que nuestros países son eternos, que la religión también lo es. Saben que van a morir pero se aferran a la idea de resucitar y entonces sí ser eternos. De esta eternidad se valen mucho las religiones para dominar a su feligreses. Si pecas te condenarás eternamente, vivirás entre llamas en el infierno por toda la eternidad. Si cumples, si te portas bien, si das tu dinero a la iglesia, entonces vivirás en el cielo para siempre. ¡Para siempre, para siempre!

Y este siempre es lo que me aterra. Ser siempre el mismo, pensar igual, actuar de la misma manera, ser chaparro, tener mala memoria, estar enfermo de colitis...Y esto por *sécula seculorum*. La misma rutina días,

meses, años, siglos y más siglos. Si ocho días se me hacen eternos cuando no pudo cambiar aunque sea lo mínimo, nomás de imaginarme el tiempo que no se acabará y durante el cual tenga que soportarme en primer lugar a mí mismo, a mi mujer, a mis latosos hijos, a mis cuñados insoportables, ya no se diga a mi suegra. Tener que obedecer al mismo jefe, llenar los mismos papeles, ver las mismas película una y otra vez, leer los mismos libros, ir a los mismos lugares, comer papas fritas y beber una cerveza, ver a mujeres antojables con las que nunca tendré contacto. ¡Ya es hora de que te vayas a dormir, apaga la tele! Esa orden dicha por mi esposa se va repetir cientos, miles, millones de veces, siempre con el mismo tono, con ese sonido agudo que hace que mi cuerpo se estremezca. Y yo millones de veces obedeceré, apagaré el aparato, iré al baño a orinar y me meteré en la cama a tratar de leer un poco. Escucharé a mis amigos presumir su dinero, sus viajes, sus aventuras amorosas una y otra vez y yo fingiré interesarme en ello y llegaré hasta a aplaudirles sus hazañas inventadas. Los curas dicen que si no tenemos pecado estaremos sentados a la diestra del Dios Padre y disfrutaremos escuchando música celestial. Aquí agregan para siempre. ¿Cuántos seremos los que estamos sentados a la diestra? Millones por no decir billones. El coro, por muy bueno que sea, después de cantar doscientos mil cuatrocientas veinticuatro veces la misma canción será odiado por todos. Y eso que sólo es el principio. Imagínense escuchar el mismo concierto por setecientos ochenta y cuatro millones de veces la misma música. ¡Guácala! Y también será apenas el principio de todo.

La eternidad debe tener un límite, digamos cien años. Eso puede aguantarse. Prácticamente no recordamos de nuestra familia a nadie que haya muerto hace más de un siglo. Ni idea tenemos de bisabuelos, tatarabuelos y demás. ¿Quiénes fueron, qué hicieron, dónde vivieron? ¡Sabe! Esto está bien. Nosotros también tenemos que desaparecer del mapa por más que busquemos la eternidad. Son excepcionales las gentes

que se conservan en la memoria de los pueblos como pueden ser héroes, músicos, poetas, grandes deportistas, inventores, filósofos. A Ellos sí se les recuerda pero con un recuerdo hecho por nosotros, o sea un recuerdo de cosas que la mayoría de las veces no existieron. ¿Cristo o Mahoma fueron como nosotros los pensamos? ¿Beethoven estaba tan sordo? ¿Van Gogh tan loco? ¿Napoleón sí tenía úlcera? ¿Shakespeare escribió todo lo que le achacan? Y ellos son los que van camino a la eternidad, a la nuestra, a la que construimos nosotros, los que la inventamos, por la que soñamos. No, yo no quiero ser eterno por ningún motivo. Déjenme desaparecer totalmente el día de mi muerte. Lástima que no va a ser así. Lo sé. Soy demasiado famoso e importante para dejar de estar presente en el mundo. Ni modo, tendré, a pesar mío, que vivir esa dichosa eternidad.

Tomás Urtusástegui

Noviembre 2010